

SÉNECA Y LAS "CUESTIONES NATURALES"

En este año de 1965 se cumplen diecinueve siglos, que han transcurrido desde la muerte del egregio filósofo estoico y literato romano de origen español, Lucio Anneo Séneca, nacido en Córdoba en el año 3 de nuestra Era y fallecido en Roma durante el 65. Vida truncada a los sesenta y dos años de edad por la vesánica disposición que pronunciara Nerón, emperador de tan infausta memoria, para obligar a que el filósofo cortase por mano propia el hilo de su existencia.

Larga de relatar sería, por muy azarosa y compleja, la vida del conspicio filósofo, pero no está por demás evocar a guisa conmemorativa algunos acontecimientos relevantes de su existir. Hemos dicho que nació en la ciudad de Córdoba, en la antigua provincia romana de España, tres años después de Jesucristo; hijo de encumbrada familia, algunos de cuyos miembros ocuparon importante sitio en el coetáneo acaecer del Imperio, entre otros su padre Marco Anneo Séneca, notable retórico, maestro eximio, tribuno egregio, devoto de las bellas artes y las letras, quien reveló en su segundo génito Lucio Anneo, la ingente vocación humanista que le llevó a ser el más significado exponente de la prosa retórica y filosófica romana, dignificando hasta un grado insuperable el notabilísimo instrumento de expresión que es la lengua latina, cuya fuerza conceptual, artificio sintáctico y elegancia eufónica acentuó en sus mejores relieves, tales como la profundidad significativa de las ideas y el sentido vital de la experiencia, virtudes estas y varias otras que afloran como rasgos prominentes en su abundante y selectísima producción. El motivo de este ensayo consiste en escribir sólo algunas palabras de ensayo, en conmemoración de tan ilustre figura, recordando a grandes rasgos el decurso de su vida, con el posterior comentario de una obra suya, la única que redactó con carácter orgánico, cuales es sus *Cuestiones naturales*.

Estuvo la vida de Séneca saturada por una serie de inquietudes y contrastes que pueden explicarse en gran parte por su origen español; efectivamente, encontramos en él una suerte de perspicacia más aguda que en los demás filósofos romanos, un toque de compulsiva genialidad que aglutina entre sus ingredientes el talento práctico y el amor a la aventura, mismos que lo indujeron a participar en la cosa pública con algunos relieves de ebullente afloración, que no parecen compaginarse íntegramente con la indiferencia frente a las cosas materiales y la inmutable serenidad que el filósofo predicó durante toda su vida; contradicción ésta que le ha sido señalada posteriormente y que él mismo reconoce en sus meditaciones, pero

que lejos de representar un motivo de aniquilamiento, fue para él un incentivo introducido por el infaltable ingrediente hispánico de la contradicción, y la no menos hispánica, accidentada vida, que se observa en algunos cruciales instantes de su existencia.

Si bien es cierto que la personalidad de Séneca encaja adecuadamente en la realidad romana de su época, no por ello sostendríamos que fue un definido representante de la misma. Independientemente del género temático que en cada uno de sus incontables opúsculos haya elegido, la personalidad y la obra de Séneca se revisten de un extraordinario vigor humanista, un profundo sentido poético y un característico sello retórico que rebasan el denominador más elevado de la cultura en su tiempo, si tenemos en cuenta, sobre todo, que ya para entonces se había iniciado la decadencia moral del Imperio y, paradójicamente, la sociedad romana había abandonado el estoicismo de la época republicana, cuya doctrina cívica y moral está representada en la obra de Séneca, para entregarse en brazos del epicureísmo, cuyo es su máximo representante en la romanidad es el egregio Tito Caro Lucrecio, autor del hermoso y profundo poema *De rerum natura*; Lucrecio, el epicúreo, vivió paradójicamente en la época estoica, la etapa de máximo dolor y supremo holocausto para la República, mientras el estoico Séneca aparece en la escena romana cuando la Urbe se entregaba en brazos del epicureísmo.

Uno de los grandes méritos que abonan la personalidad y la obra de Séneca consiste en haber expresado con insuperable fidelidad cuál es la postura asumida por el hombre de su tiempo que, romano aún, había perdido el antiguo concepto de la moral republicana sin comprender, por otra parte, el profundo, inefable sentido de la moral epicúrea; hombre de ese tiempo que también perdió la fe en la stirpe de los dioses grecorromanos, careciendo, sin embargo, de una nueva creencia en la cual sustentar su necesidad de religión. La penetrante y calidoscópica mirada del cordobés, su aguda y refinada sensibilidad, le permitió captar esta delicada situación de crisis en que se encontraban la religión y la moral, ambas como directas herederas de la cultura griega, a lo cual habría que sumar las ideas monoteístas derivadas de la religión judía y también de las ideas filosóficas de los helenos, que ya habían proclamado la existencia de un solo Dios entre sus tesis doctrinarias. No olvidemos, por último, el ateísmo que se había infiltrado a consecuencia de la crítica enderezada por los escépticos contra los antiguos dioses, y del criticismo que resultó como tónica intelectual de su tiempo. Y por otra parte, la sociedad romana había perdido, para los comienzos de cristianismo, aquella convicción estoica en los valores ciudadanos y la fe inquebrantable en el designio de la República, entregada desde Cayo Julio en las manos omnipotentes de los Césares, con el menguado reflejo que prodújose en los derechos de ciudadanía y el sistema

de la democracia, que hasta entonces habían sido prototipo romano de la humanidad civilizada.

Es cierto que el Imperio subsistió aún durante cuatro siglos, pero soportando una creciente transfiguración, que llegó a ser tan radical que resulta difícil reconocer, en las sucesivas transformaciones que operan en la romanidad, a partir de la Era Cristiana, los mismos elementos que la configuraron hasta el fin de la República. Por ello, la Metrópoli recurre a los hombres de toda la Península y posteriormente de todo el Imperio, aun al precio de sacrificar el monopolio romano de la ciudadanía, hasta el punto de quedar la magna urbe en calidad de un símbolo de pasada grandeza, transferida posteriormente a las diferentes regiones y ciudades, de las cuales llegaban toda clase de renuevos para mantener el simbólico estandarte de Roma, extremadamente urgida como se hallaba de recibir no solamente víveres, sino también ejércitos, emperadores y, en muy alta proporción, personalidades intelectuales.

Éste es el ambiente romano que encontró el español Séneca al arribar a la antigua urbe. Pocos años le bastaron para convertirse en una de las figuras literarias y políticas más relevantes del Imperio —a los veinte lo era ya— y configuró en gran parte, junto con ilustres coetáneos y coterráneos suyos, el contrapeso de la decadencia metropolitana, cuya agonía, si bien duró unos cuatrocientos años más, ostentaba la impronta de la angustiosa crisis en que se disolvieron las antiguas tradiciones estoicas de la sociedad romana, cayendo en una corrupción de la que son un símbolo el desquiciado Nerón y, como riguroso contrapolo, su antiguo maestro, amigo y consejero, Lucio Anneo Séneca, víctima después de sus inconfesables rencores.

Encontrándose Roma en medio de semejante ocaso y teniendo como negativo sustento político el corrupto reinado de Nerón, la figura del moralista Séneca representa el canto del cisne del estoicismo, pues otras figuras posteriores, incluyendo la muy conspicua del emperador Marco Aurelio, no pueden comparársele en cuanto a nobleza de sensibilidad, enjundia de conceptos, multiformidad de temas y volumen de producción. Menos aún —se da por descontado— en cuanto a sugerencia retórica, que en esto último no tiene el maestro de Córdoba, probablemente, ningún parangón en toda la Antigüedad; las doctrinas posteriores son apenas una réplica de la enseñanza que en su abundante y generosa obra legó a la posteridad del conspicuo moralista cordobés.

A pesar de ello, con alguna frecuencia se ha objetado la posición asumida por el moralista Séneca en su conducta pública y privada; podríamos decir que existe una base suficiente para estar de acuerdo en el planteamiento, que ha consistido en llevar al extremo la divergencia originada entre la práctica de una doctrina y su positiva práctica, hasta presentar

un radical divorcio entre la prédica y la práctica que, a nuestro juicio, no existió en realidad.

Para afirmar esto creemos tener derecho a invocar el decurso de su vida misma y el incontrovertible testimonio de su obra, juzgada ya no sólo como sistema doctrinario, sino como expresión vital que debió absorber al filósofo la mayor parte de sus energías, pues todavía en la actualidad no abundan talentos y plumas capaces de ofrendar un testimonio de tal naturaleza. Y si al contenido nos remitimos, será imposible soslayar la nobilísima cosmovisión humanista que se revela prepotente en sus páginas, donde uno a uno desfilan los más selectos valores del espíritu, saturando no sólo el ámbito de las humanidades propiamente dichas, sino también la concepción de la realidad física, que en la ágil pluma del hispano adquiere una singular metamorfosis y se presenta como elocuente reflejo de la realidad humana. Entonces, los elementos de la naturaleza dejan de serlo exclusivamente, para transformarse en diáfanos correlatos de lo humano.

Casos han existido —desde luego, singularísimos— en los que se registra una absoluta identidad entre la vida, la obra y el pensamiento de un filósofo, pero ejemplos tales de incontrovertible aplomo no pertenecen con propiedad a la dimensión humana, sino más bien se remiten a la paradigmática expresión de la santidad. Pero inclusive en santos canonizados, recordemos al más brillante y emotivo de entre los filósofos, que lo fue San Agustín, con su reconocida vida pecadora, misma que fue inspiración de ese inmarcescible documento filosófico y humano que son las *Confesiones*, donde se percibe cómo el tráfago de la vida mundana puede ser un eficaz preámbulo para la vida religiosa.

Así también encontramos en Séneca el testimonio de la humana deficiencia a través de su vida, deficiencia que reconoce en su obra, donde no afirma que la conducta humana deba ser impoluta, por el contrario, sale a cada paso al encuentro de sus defectos y los menciona continuamente como base para elevarse sobre ellos, pues de otra manera las virtudes carecerían de apoyo al faltarles la miseria de la cual redimen a la humanidad; en tal caso, la conducta ya no sería humana, sino beatífica, pero en ningún momento produce la obra de Séneca la impresión de que se considere un santo; por el contrario, es plenamente consciente de sus ingénitos defectos, pero en ningún momento llegaron al abismo de lo inverecundo ni al extremo de lo injustificable. En cuanto a la pena, la administró él mismo por medio de su catártico verbo, y en ello nos recuerda también la egregia postura del varón de Hipona, quien ciertamente no fue menos pecador que el romano, pero tocóle en suerte nacer cuatro siglos más tarde, cuando la fe cristiana había prendido como inextinguible llama en todos los confines del Imperio. Es precisamente ésta vocación profundamente humana la que nos reconforta, así en el ejemplo del hispano como en el nómada.

Se ha reprochado a Séneca predicar el desinterés y, sin embargo, acumular bienes de fortuna; pero lo cierto es que su humanidad, excedida en estos últimos, buscó de nuevo el afable desinterés de la pobreza; se ha dicho que predicaba la vida tranquila del sabio y, sin embargo, introdujose en el envolvente torbellino de la política; pero a ello responderemos que su influencia en la vida pública no pudo ser más saludable, pues a él se deben en su mayor parte las fuerzas positivas que pudieron enfrentarse a la decadencia del Imperio y la locura del emperador; por último, se ha dicho que Séneca predicó la apacible serenidad ante la muerte y, en cambio, profesaba un profundo amor a la vida, lo cual también es cierto, porque lo segundo no se riñe con lo primero, y prueba de ello es que, al recibir la neroniana sentencia, el filósofo asumió la misma serenidad que había predicado en sus escritos y apaciblemente segó de propia mano una vida que hasta los últimos instantes quedó investida de virtudes como serenidad, sabiduría y amor, tríada que destila en esencia la norma del estoico, igualmente válida para vivir que para morir. Y si más abundamos, bastará recordar que su entrañable esposa decidió seguirlo en el recóndito camino final, cosa que no parece ciertamente de cobardes ni desviados en la conducta, y sólo la orden implacable del emperador impidió que la estoica pareja se hubiera inmortalizado para siempre en el indisoluble abrazo de la eternidad.

Por todo ello, el auténtico sentido de la virtud que encontramos en la vida y la obra de Séneca, es el insoslayablemente humano pues de otro modo —digámoslo por última vez— no sería virtud, sino santidad. Que su pensamiento, tal como es, su obra y su ejemplo, tal como son, resultan inconmensurablemente hermosos, lo sabe todo aquel que haya confortado su vista y su entendimiento en las brillantes páginas de Lucio Anneo Séneca, cuya incorruptible veracidad converge en autoconfesión sincera y dolorosa, pues jamás ideas como las de los estoicos hubiesen hallado tan magnífica y solemne investidura, si no estuvieran avaladas por un sustento de verdad en la doctrina, y de autenticidad en la persona.

Ahora, digamos dos palabras sobre la obra que deseamos comentar en este artículo, a guisa conmemorativa, y que seguramente es la menos conocida de todas, porque se aleja de la médula moralista que sustenta su pensamiento, aunque no por ello se aparta de la tónica invariable de indefectible humanismo. Se trata de las *Cuestiones naturales*, que representan un importantísimo documento en relación a las antiguas concepciones de la naturaleza física.

Libro primero. Después de una exultante dedicación a “Lucilio, el mejor de los hombres”, y con la necesaria invocación filosófica, habla Séneca de los fenómenos que se observan en el cielo, tales como el halo, la corona, el

arcoiris, los eclipses, resplandores y otras cuestiones que parecen mantener el común carácter de fenómenos ópticos, pues incluida está entre ellos la reflexión sobre el espejo, que es aprovechada por el Retórico para hacer una brillante exposición sobre la negativa influencia moral que en el aspecto de lujo y vanidad motiva la posesión de tales artefactos en la sociedad romana. Amén de artículos extraordinariamente onerosos —relata Séneca en magistral lenguaje— que son empleados para exaltar la vanidad de hombres y mujeres, para multiplicar la excitación en los vicios, principalmente los que conciernen a la cuestión sexual, que ejemplifica con una detallada referencia al célebre Hostio Quadra, que, según el prolijo relato, es prototipo romano de corrupción y obscenidad, cuyas experiencias ante el espejo transmite Séneca en uno de los párrafos más brillantes desde el punto de vista literario, llegando a tal punto descriptivo que podría creérsele testigo de los acontecimientos y dudarse si primordialmente quiso hacer una censura de las depravadas costumbres de Quadra, o bien se propuso él mismo, con fines de elegante aleccionamiento moral, una descripción imaginaria de semejantes y vívidos acontecimientos.

Pero no es sólo esta motivación la que inspira a Séneca una auténtica *filosofía del espejo*, sino en general la depravación que encuentra en aquella sociedad romana, infestada como estaba por el germen de la decadencia, una de cuyas manifestaciones se encuentra reflejada precisamente en el espejo, convertida en la magia de un verbo ornamentado por el toque divino de las musas, y el sortilegio de su cálida, mediterránea imaginación, todo ello sobre una calidoscópica imagen de la sociedad romana, algunos de cuyos perfiles son certeramente bocetados por la magistral pluma de Lucio en tan elocuente ensayo sobre el espejo.

Esta sugerente manera de afocar la realidad de los objetos, es la misma que desarrollará en el resto de su excelente obra, redactada en un soberbio estilo de prosa magistral, donde sean retomadas las *Cuestiones naturales* para incorporarlas al vasto mundo del humanismo, que es la tónica no sólo del filósofo cordobés, sino en general de la cultura románica. Por ello es que, al finalizar este primer libro, sabe el lector que se encuentra frente a un documento de singular perfil, que posee además una connotación característica del filosofar romano, como es la incorporación de los temas naturalistas a la esfera integral del humanismo; para decirlo en otras palabras, representa primordialmente un concepto de la realidad, observada a través de su reflejo en el hombre, que a su vez queda interpretado en el centro de su postura humanista. Ello no significa que el gran escritor confunda lo que representa un análisis natural con la definida problemática de la cultura, específicamente la ética, que tanto preocupó; pero, si bien el planteamiento de ambos temas mantiene su indeclinable autonomía, encuentra una serie de

correlaciones entre la naturaleza física y lo humano cultural, que expone —según hemos dicho— la suprema preocupación de su tiempo.

Distaba mucho de ser esta obra un tratado científico al estilo de Aristóteles, por más que se inspire en él y prosiga algunos de sus lineamientos; tampoco una concepción metafísica, cual la imaginaron Platón, Epicuro o el mismo Lucrecio. Pero lejos de desencantar, ello representa su principal virtud, consistente en el sugestivo tenor con que está redactada y la inclusión de algunas observaciones particulares que constituyen gran parte de los conocimientos que sobre la naturaleza teníanse en aquel entonces.

Libro segundo. Este *Libro II* sirve a Lucio Anneo para comentar un tipo de fenómenos que inquietan profundamente al hombre de su tiempo, a saber: *los rayos y los truenos*. Su magnitud y efecto impresionaban en grado máximo a la humanidad antigua, al punto de considerarlos mitológicamente como un ominoso mensaje que seguramente enviaban los dioses desde el cielo para mantener el temor y el vasallaje de la humanidad. Por ello, el tratado *De los rayos y los truenos* es mucho más que un simple señalamiento naturalista, desde el momento que dichos meteoros adquieren papel tan singular para la vida del hombre. Su verdadera explicación deberá incidir en los recónditos misterios que envuelven a la existencia humana, gran parte de los cuales son excogitados a través de la impresionante acción de los fenómenos celestes, con la exégesis inevitablemente subjetiva que hace de ellos el hombre de aquel tiempo.

Es tanta la significación que adquieren dichos acontecimientos en la vida del hombre antiguo, que bien valdría pensar en una interpretación de su idiosincrasia por medio de tan portentoso vehículo. En efecto, era tal la importancia concedida al origen y efecto de los rayos, que en gran parte se refleja su concepción teológica del mundo en el intento de descifrar lo que en el fondo resultaba para ellos incomprensible, o sea, la producción de aquellos terríficos instrumentos ígneos, en las masas de nubes que se suponen impregnadas precisamente de lo que contrarresta al fuego, o sea, el elemento matriz de los jónicos, que es el agua. Con todo, en el prolongado desvelo que los antiguos dedicaron al estudio de tales meteoros, se alternan los ingredientes de observación con los de superstición, alentados aquéllos por una aparente doctrina en la cual se clasifican y al mismo tiempo se explican con una franca tendencia de racionalidad, como se observa en la obra de Séneca, para presentarlos exclusivamente como fenómenos de la naturaleza frente a los cuales son los dioses completamente ajenos. Por otra parte, el peso de la tradición no podía ser desvanecido en cualquier momento, sobre todo por la imposibilidad de explicar científicamente un suceso natural que apenas en el siglo XVIII de nuestra Era alcanzó una objetiva explicación.

Se encuentra el romano Séneca —como antes lo había estado el griego

Aristóteles— en la encrucijada que señala su condición, situada en el origen natural de los relámpagos y los truenos, frente a la creencia popular de que dichos acontecimientos poseen un origen divino y entrañan profunda significación agorera para quien los sepa debidamente descifrar. Así nos lleva de la mano a través de este importante muestreo de la convicción antigua, que hoy día nos parece infantil y pintoresca, como sucede en general con cualquier teoría subjetiva una vez que la razón penetra en ella y extrae de las mieses intelectuales el sustrato explicativo de la realidad. Acompañar al estoico latino en ésta su descripción de los rayos y truenos, su incursión en el mundo de los meteoros celestes, resulta una tarea en extremo deleitosa, no sólo por los datos que expone en relación a las creencias de la Antigüedad, sino también y principalmente por las implicaciones humanas que en ellas se contienen.

Está planteada nada menos que la cuestión de si los dioses tienen algún empeño en ocuparse acuciosamente de los hombres, como éstos lo han creído en un exceso de vanagloria; la respuesta es negativa, pues no se infiere de ningún testimonio que efectivamente exista un interés por parte de las divinas personalidades para enviar sus tronantes mensajes en la aterradora envoltura ígnea que reportan tamaños acontecimientos. Sin embargo, es un hecho que tanto el pueblo griego como el romano profesaban creencia absoluta en el origen divino de los rayos; su abundante legión de adivinos y visionarios llegó a establecer un sistema hermenéutico que permitía la interpretación del mensaje contenido en la huella furiosamente impresa por el impacto terrenal de semejantes comunicaciones, como si la impronta dejada por un fulgurante impacto fuese la arcana escritura de las deidades, y al descifrarla, los privilegiados intérpretes descubrieran los profundos móviles de su generación.

De todo ello nos habla Anneo con abundancia de datos míticos y cosmogónicos, históricos y antropológicos, con el conocimiento de lo que entonces era dable saber en relación a tamaños sucesos. Cuando a título de conclusión se desprende, como suprema aporía subyacente en la inquietud del romano, la trascendental cuestión de si los dioses entablan en verdad una comunicación con sus vasallos terrenales, contesta negativamente, y la creencia que durante muchos siglos preocupó con hondura a la humanidad deja de ser para él una preocupación ingente y se transforma en un mero problema de conocimiento. Para el filósofo estoico, recibir mensajes enviados directamente de las olímpicas alturas resulta cosa inverosímil además de innecesaria. En vez de ello, debe el hombre confortar su inquietud por el más allá, pensando que tal vez en la vida bienaventurada le sea dable conocer a Dios, ya que no en este mundo de pecado e ignominia. Pero no olvidemos que tanto griegos como romanos se hablaban de tú con los dioses y requerían que se ocuparan constantemente de ellos, lo cual parecía acontecer a través de

estos meteoros que para el hombre de ciencia actual no son —oh desencanto— más que una simple descarga de electricidad.

Libro tercero. A medida que transcurre la disertación de las *Cuestiones naturales* se aviva el interés de su temática y aunque lleguen ciertos asuntos que parecieran no ofrecer una adecuada oportunidad a la refinada elegancia con que nos presenta Séneca a la filosofía, investida en la noble lengua latina, lo cierto es que para cada ocasión reserva una sorpresa nueva, ocasión múltiple de variadas excelencias literarias e intelectuales. Tal sucede en tratándose de *Las aguas terrestres*, motivo que inspira la edificación del Libro III en su hermoso poema lírico y documental, porque al fin y al cabo es el más abundante de los elementos que aparecen en la superficie terrestre, el que se presenta con más ingente necesidad a la vida del hombre. ¿Cómo extrañarse, pues, de que el romano logre otra elocuentísima disertación de filosofía natural al exponer cuál es el origen de las aguas y en qué radica su importancia y su magnificencia? El tema nos depara efectivamente otras brillantes páginas a través de tan singular lectura.

No faltan motivos para decir sobre las aguas con toda la vehemencia y la sutil elegancia que es habitual en Séneca, quien desde temprana edad tuvo familiaridad con ellas, las que le llevaron de Córdoba a Roma, después al anchuroso Egipto, al destierro de Córcega, al retorno a Roma, en viajes aciagos o tranquilos que le deparó el destino en su azarosa vida. Recordemos que la Roma fue edificada en gran medida —como antes lo había sido la Grecia— con el sudor de los esclavos que batían las aguas con sus prolongados remos en las riesgosas travesías de conquista, de comercio y exploración. Además, en el interior de la Península existen numerosos lagos y fluyen grandes ríos que llevan al observador mediterráneo a poner su atención muy principal en el líquido elemento, recorriendo su pasmosa diversidad de formas, desde la mar bravía y los lagos encrespados por el viento, hasta el correr pintoresco de los arroyos y el amable fluir de las fuentes y manantiales, sin olvidar las incontables nubes que, ya bajo la forma de nimbos o cúmulos, cirros o estratos, se apiñan constantemente en el cielo hasta verter bajo el mandato de los celestiales rayos, el contenido de su ubérrima licuefacción, condensada en forma de lluvia y tal vez destinada a gelificarse en los altos picachos, donde el líquido elemento deja precisamente de serlo y se transforma nuevamente en la naturaleza gaseosa de las nubes o en el sólido imperturbable de las nieves eternas.

Muchas son las sugerencias que suscita al filósofo este ir y venir, ser y dejar de ser, este continuo transformarse de las aguas, pues sensibilidad tan sutil como la suya no dejaría escapar los cambiantes aspectos de su transformación y, entonces, como cinco siglos antes los jónicos, la inquietud que suscita la permanencia de una misma sustancialidad, quiere resolver las mu-

taciones de tan abundantes cambios. El observador naturalista nos conduce de un lugar a otro en aquel mundo mediterráneo que abarcó el Imperio y que geográficamente fue un gigantesco mar en cuyas riberas sentó reales la romanidad. De esta suerte, trae a su sapiente reconocimiento la aguda y elegante exégesis de las aguas representativas de su mundo y de su tiempo, destacando inequívocamente el trascendental significado que sus coetáneos otorgaban a las aguas del mar por la importancia que ellas mismas asumían como vehículo de unión en aquel dilatado mundo.

Observaciones todas éstas que llevan impreso el sello indeleble de la galanura romana, particularmente el retórico estilo que culmina en la insoslayable referencia humanista que en un momento dado le conduce a examinar —como no podía ser menos— el reflejo que produce el convivio con las aguas en el carácter del hombre y las costumbres de la sociedad.

Pero el tercer Libro le parece pequeño para albergar la cuantía de sugerencias que evócanle las aguas y por ello prolóngalas al siguiente, donde continúan con su brillante disertación sobre tan importante elemento de la naturaleza.

Libro Cuarto. En efecto, las observaciones que Séneca no incluye en el anterior —seguramente para no abultar demasiado su volumen— déjalas a desarrollar en el IV, donde rendirá tributo al coloso de los ríos, el egipcio Nilo, que posee un determinante significado por cuanto sus abundantes aguas proveen la irrigación de una amplia zona del Egipto, provincia de gran utilidad para el Imperio por los cuantiosos víveres que le proporciona, y de gran respeto por su tradición cultural, cuya civilización tanto admiraron los griegos y tan profundo significado alcanzó para ellos. Pero no podía faltar otro de los excelentes preámbulos que dirige a "Lucilio, el mejor de los hombres", estimulándole al ocio creativo y ensalzando, cual es su costumbre, las virtudes que encuentra como condición indispensable para dignificar el espíritu del filósofo.

Ya en la esencia de sus consideraciones, principia refiriéndose al Nilo como un río especialmente favorecido por la naturaleza, o mejor dicho, al Egipto que es irrigado por él, puesto que su curso aumenta y se desborda precisamente en la época de mayor calor, cuando más falta hace en esas tierras, que se encuentran mayormente sedientas y quemadas por el sol. Pero el desinterés naturalista que contienen las observaciones de Séneca sobre tan importante vía fluvial radica ante todo en la descripción que lleva a cabo de sus orígenes y su curso, que puede considerarse como una documentada lección de geografía, investida además por importantes consideraciones sobre la trascendencia que tiene para toda una vasta región africana. Recoge Séneca con sus inconmutable estro poético las observaciones que habían consignado desde siglos atrás Anaxágoras y Teofrasto, revelando la importancia

que ellas pueden tener con un dato que seguramente quedó inadvertido para la mayoría de los historiadores, a saber: que el Nilo rehusó la demasía de sus aguas en los años décimo y undécimo del reinado de Cleopatra, y ello acarrió tales dificultades económicas, y por consiguiente de toda índole, que a este hecho se atribuye la derrota de la reina de Egipto y su amado Marco Antonio; por consiguiente, el encumbramiento de Octavio, la continuación de la dinastía cesárea y, en suma, el mantenimiento del Imperio Romano. Tamaña importancia llegan a tener las observaciones que incidentalmente desliza el filósofo entre sus múltiples *Cuestiones*.

También nos habla de la influencia que sobre el Río ejercen los vientos, las hipótesis de sus crecidas, las singularidades que lo distinguen de los otros fluviales conocidos; en fin, que estas páginas sirven para enterarnos básicamente de lo que en su tiempo se pensaba y decía de tan magnificente vía y contienen —como hemos dicho— además de una interesante descripción geográfica, la verdadera filosofía que deriva de su apreciación en torno al curso y las consecuencias de este ducto fluvial.

El propio *Libro IV* tiene reservada una segunda parte para hablar *De las nubes*, fenómeno que bastante asombraría a los antiguos por lo difícil de su observación directa. Para la sensibilidad moderna resulta conmovedor observar cómo el inicial azoro ante los fenómenos inexplicados, cede el paso paulatinamente a lo que ahora poseemos como verdad científica, resultante de incontables observaciones, como las que expone el naturalista en torno a las nubes, la lluvia, el rocío, la nieve, la escarcha y el granizo, y cómo la imaginación acude vehementemente una vez que la mirada ha llegado a su límite. Esto y más relata con elocuencia el filósofo al informar de las supercherías, actos de invocación y sacrificio, que solían cometer los antiguos a propósito de semejantes meteoros.

Pero no todas son meras hipótesis perentorias en este capítulo sobre las aguas, que efectivamente rubrica Séneca con una elegante disertación en la que, por principio de cuentas, nos revela que en aquella época habíase descubierto la forma de comprimir la nieve, a tal punto que se conservaría lo suficiente para transportarla de las regiones nevadas a las ciudades, y todavía darse el singular lujo de mantenerla en la nevera. Naturalmente, esta nieve es comprada por quienes la desean y hecho semejante sirve de pretexto magnífico a nuestro filósofo para disertar sobre el costo o la gratuidad que tienen los elementos de la naturaleza, y no podía faltar una elocuente argumentación sobre los sentimientos que despierta el uso del hielo, si es su compra y empleo una manifestación de censurable costumbre y si debe o no el hombre dar satisfacción a sus deseos con elementos distintos de los que pone a su alcance la naturaleza.

Libro quinto. Avancemos ahora al *Libro V* de las *Cuestiones naturales*; nos

habla su prominente autor *De los vientos*, y su colocación es después de los capítulos consagrados a las aguas, tal vez porque éstas juegan papel más importante que aquéllos en la vida del hombre. Ya sabemos que a Séneca interesa primordialmente este aspecto, que aprovecha además por modo excelente para desarrollar sus ensayos con la luminosa retórica que le es reconocida por antonomasia.

Está constituida la primera parte de este capítulo por una definición simplista, pero acertada, del viento como "aire corriente"; a partir de ella se presenta la primera parte del ensayo con una disquisición en torno a la dirección que sigue el viento. Interesante nos parece destacar que Séneca adopta el concepto heraclíteo de la realidad, al señalar que todo se encuentra en movimiento, y principalmente los múltiples corpúsculos que la simple vista no alcanza a distinguir. Por momentos aborda el romano lo que podría ser una teoría explicativa del viento, pero que en realidad permanece en estado de incipiente descripción y a lo más que llega en este punto es a la hipótesis —bien acertada, por cierto— de que los vientos resultan más fuertes en primavera y verano, debido al rigor de los calores que operan en esas épocas y producen fuertes evaporaciones.

Un buen número de datos desfilan en estas páginas del Retórico; de manera principal destaca el documentado inventario que hace de los vientos, llamándolos con las nomenclaturas griega y latina, según el lugar donde aparecen. Los vientos son fundamentalmente cuatro, que corresponden a sendos puntos cardinales; pero además presenta otra subdivisión dual para cada uno, de suerte que forman tres clases de vientos en cada orientación, o sea doce en total, que son prácticamente los que reconocía la Antigüedad. Excelente descripción nos dedica, con los caracteres relevantes de cada uno —que mucho llega a tener de poética en la sutil elocuencia del romano—: virtudes son que en su verbo semejan mucho a las animadas y que otros poetas han cantado después en todos los tonos y matices. Allí está el luminoso Euro junto al suave Céfiro, el bravío Noto con el inclemente Abrego, el melindroso Bóreas al lado del abstemio Aquilón, que no participa en la encarnizada contienda de los aires.

Elocuentes palabras que, sin embargo, ceden la primacía retórica en este capítulo a una descripción que alcanza perfiles verdaderamente dramáticos. Tal es la referencia a una incursión que un grupo de mineros hace al fondo de un tiro abandonado; a juzgar por las maravillas que allí se describen, debió ser una obra titánica de ancestral ingeniería, pues los hombres se internaron en ella durante días enteros, en un desesperado intento por descubrir nuevas vetas y riquezas mayores. El relato alcanza su clímax cuando la excavación desemboca en una caverna natural donde se encuentran grandes ríos y lagos, rodeados por las más caprichosas configuraciones terrestres, todo lo cual lleva al filósofo a analizar el espíritu que concita al hom-

bre en semejantes aventuras y lo lleva voluntariamente hasta sus inexpugnables entrañas, a riesgo de su vida y salud, por el afán de domeñar la tierra. ¡Y luego que hicieron todo esto —concluye el filósofo— temen al infierno!

Por último, recordemos el brillante epílogo con el cual llega a su término esta excelente apología; era el viento la fuerza impulsora de las naves, y su falta o escasez debía de ser reemplazada por el duro trabajo de los remos. Exalta Séneca entonces la función que tienen los aires para entablar relaciones pacíficas entre los pueblos y el gran beneficio que reporta a la humanidad su comercio, ya sea en objetos o ideas, pues la comunión de los pueblos debe ser no sólo material, sino también espiritual. Pero cuando los aprovechan por vía bélica, la sagrada función de los vientos se conculca en la agresión reprobable que comenten unos pueblos contra otros, ensangrentando los mares y los suelos, con tan deplorable resultado que más valdría suprimir los beneficios del viento con tal de no sufrir sus perjuicios. Ésta es, a no dudarlo, una de las páginas más brillantes de las *Cuestiones naturales*, y produce como corolario la conclusión de que el hombre persigue como objeto primordial de la vida, ciertas cosas que le cuestan la vida misma.

Libro Sexto. En el penúltimo de los libros que integran la interesante exposición sobre *Cuestiones naturales*, el filósofo afoca uno de los asuntos fundamentales que no habían sido incluidos en sus consideraciones previas, cual es el *De los temblores de tierra*, fenómeno azas complejo y sobre todo temidísimo por la humanidad antigua, en vista del mortífero efecto que tenían y siguen teniendo los sacudimientos telúricos, y la forma tan inesperada como se presentan.

Aprovecha Lucio Anneo para recordar el memorable sismo de Pompeya, que fresco se encontraba en la memoria del pueblo romano, dolido aún por las nefastas convulsiones del temblor. La descripción de Séneca es vívida y nos presenta en breves líneas el cuadro de asolamiento y destrucción que conllevó el sacudimiento pompeyano. De todas las muertes masivas causadas por meteoro alguno, es con seguridad la del sismo la más inesperada, porque en breves instantes derrúmbanse los edificios y abre la tierra sus voraces mandíbulas para engullir ciudades enteras; el fin llega entonces con rápida, casi poética celeridad, y ofrece al hombre la oportunidad de morir sin mayor sufrimiento; y si por milagro escapare del castigo, quedará de acuerdo en recordar que la mejor esperanza del sentenciado es no tener ninguna. Así, mirando de frente a la muerte, es como se la encara mejor, con la serenidad estoica, prenda indispensable en el filósofo.

Después de tan enjundioso prólogo, era menester incidir en la cuestión titular del *Libro*, a cuyo efecto nos obsequia el comentarista con un soberbio repaso de las opiniones que tenían los antiguos sobre la causa de los terres-

tres sacudimientos. Desfilan ahí, en ordenada procesión, encauzados siempre por la divina antorcha que es el retórico verbo de Séneca, las opiniones que el heraldo de los filósofos griegos proclama, y en cierto modo reitera las viejas teorías cosmológicas al discernir en este caso el sustrato telúrico de cada quien característico. Los cuatro elementos tradicionales de la cosmología helena —aire, fuego, tierra y agua— asumen un magnificado renuevo en la exposición de Séneca, y nos refiere en qué consiste la teoría de Anaxímenes, a quien no podía pasar el aire inadvertido como causa de los violentos sismos; opinión que también sostiene el connotado Arquelaos, y el propio Aristóteles se adhiere a la teoría de la ventisca. Pero Séneca enarbola una pronta réplica sosteniendo que no existe relación fundada entre la comparecencia de los vientos y la aparición de los temblores.

Pero si los aires del exterior no tienen fuerza como para provocar un sismo, cosa muy distinta sucede cuando se trata de vientos soterrados en la interioridad de los suelos, principalmente en cavernas profundísimas y de dimensiones gigantescas, donde existen grandes masas aéreas que no causan daño cuando se encuentran en estado inerte, pero una vez que su ira se desfoga por efecto de alguna alteración en el estado interno de dichas cavernas, desátase la furia telúrica en forma de cruentas sacudidas que son inmediatamente secundadas por el contorno de la cava, la cual principia a incrementar la excitación recibida, de análoga manera a como un músico sopla en el cuerpo de su instrumento, o un cantante emite su voz en una oquedad y resuena ésta con mayores bríos que si estuviera a la intemperie. Teoría dinámica fundada en algunas formas de la realidad material es la que nos presenta una imagen precientífica, es cierto, pero muy superior a la que encontramos en las antiguas cosmologías y, a decir verdad, difícilmente se le podría considerar superada en una etapa previa a los descubrimientos de la moderna ciencia natural.

Y como no pudiera rubricar su brillante ensayo sin un estupendo epílogo, encontramos en las frases de despedida a su "caro Lucilio, el mejor de los hombres", la reiteración del menosprecio a la existencia, inspirada por el recuerdo de aquellas tremendas sacudidas que sumieran intempestivamente a las ciudades en la ruina y a los hombres en la penumbra de la eternidad.

Libro Séptimo. Llegamos al último —no sin harta pena— de los siete libros que componen las *Cuestiones naturales* de Lucio Anneo Séneca, expuestas con toda la fina e inconfundible elegancia que fue característica del gran retórico español.

Y como preámbulo de esta parte final que trata *De los cometas*, señala con toda certidumbre que existe en el ser humano cierta deplorable actitud de indiferencia frente a las cosas de la naturaleza, por más que en ellas se encuentre un mucho de apariencia y un poco de verdad. Excelente nos pa-

rece la observación del maestro, no sólo por cuanto concierne a una situación en la perspectiva del hombre frente a la realidad, sino porque su propio estado de ánimo se vuelve insensible ante la inenarrable maravilla que es el solo hecho del existir, viéndolo como si fuera un carismático don, al que nada habría que agradecer y ni siquiera observar en la debida forma. El oportuno exordio es aplicable no solamente a la observación de los cometas y demás cuerpos celestes, sino en general a todas las cosas de la naturaleza, pues cada una de ellas presenta un inconfundible perfil que debe repercutir en el correspondiente interés para el hombre, que está situado en medio de ellas.

Entrando en materia sobre los cometas, debuta Séneca con una teoría que se compagina con la moderna noción de los cuerpos celestes: que son ellos de dos clases, los que tienen una constitución terrosa por encontrarse apagados, y los que, por el contrario, se presentan como una enorme masa ígnea cuya sustancia puede no ser de igual naturaleza que los planetas, sino materia sutil y combustible, cuya incandescencia nos llega en forma de luz y calor, como sucede con el Sol. Y para rúbrica de su comentario inicial, introducenos a una noción relativista del movimiento, donde pregunta si es la Tierra la que se mueve, o el Universo que la arrastra consigo, o ambas cosas a la vez, lo cual viene a concordar con el hecho real y positivo que se expresa en la relatividad cósmica del movimiento.

Para entrar en materia sobre los cometas, acude el retórico en consulta a Epígenes, quien a su vez reúne los conocimientos de la antigüedad helénica sobre cuestiones de la naturaleza celeste. Por principio de cuentas, una distinción entre vigas y cometas, estableciendo las primeras como luminarias fijas y los segundos como cuerpos errantes. Una clasificación de los cometas nos señala que unos derraman su fuego en derredor, mientras que otros lo lanzan solamente a un lado, a guisa de cabellera. Algunas consideraciones sobre la relación entre los cometas y los vientos, el curso de aquéllos y sus causas, y un buen número de otras citas y observaciones, ofrecen como menor interés al enterarnos de las principales opiniones que en la Antigüedad circularon sobre un tema que era difícil conocer para el ojo del hombre antiguo, carente como estaba de instrumentos agudos de observación, que muchos siglos después de las constancias de Séneca permitirían el notable acercamiento óptico de los cuerpos celestes, algunos de los cuales se encuentran a lejanías inconmensurables y otros a distancia mucho menor, pero de cualquier forma, inmensa con respecto al poder de observación directa, que fue el limitado instrumento natural de que se valió el hombre antiguo para producir el cúmulo de observaciones que en forma tan brillante y compendiada nos brinda Séneca en sus *Cuestiones naturales*.

Y como no podía faltar un enjundioso epílogo, que lo es ahora no solamente del capítulo, sino de la obra entera, en este Libro VII, el más emi-

nente de los estoicos vuelca de nuevo su consabida exhortación a "Lucilio, el mejor de los hombres" para indicarle cuán reducida es la extensión de las *Cuestiones naturales* frente a lo que deberían ser, atendiendo a la abrumadora amplitud y abismal profundidad de tantas cosas que ofrece la naturaleza como irrefutable testimonio de su portentosa existencia. Afirma Séneca —y ello lo enaltece una vez más— que la ciencia del futuro depara al hombre un sin fin de conocimientos nuevos, que por entonces no posee debido principalmente a la falta de herramientas que le permitan acrecentar su empírico saber. Pero aun así, el conocimiento se antojará siempre tan precario y limitado: "Con todo, a fe mía, aun cuando nos hubiéramos aplicado con todas nuestras fuerzas a este trabajo; si encima de él se echase la sobria juventud, si los mayores enseñasen el camino y los menores lo aprendiesen, a duras penas llegaríamos a las profundidades donde tiene su morada la verdad que ahora buscamos a flor de tierra y con indolente mano."

MIGUEL BUENO